

Unpacking my library

Dios ha nacido en el exilio

Luis María Marina

A José Luis Tuda



1 Para la vida de una biblioteca, cada mudanza equivale a un naufragio. Barajados y vueltos a repartir, los libros se pierden en un limbo regido por un desorden nuevo, distinto al desorden que antes servía, gracias a una misteriosa red de pistas mnemotécnicas, como segura carta de marear. Pasarán meses antes de que el barón de Montaigne (que en la anterior estación ya se había resignado, a costa de su querida soledad, a la compañía de los bulliciosos mexicanos de los tomos blancos del Fondo: los Othón, Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera) se acostumbre ahora a sus nuevos, y más bien rústicos, vecinos de balda: a un lado el *minhoto* Tomaz de Figueiredo; el *sertanejo* Guimarães Rosa al otro. Y años quizás antes de que uno mismo asimile la nueva disposición y las manos busquen los *Essais* en los mismos rumbos que *A Toca do Lobo* y *Grande Sertão: Veredas*. Para ese entonces, es bien posible que

un nuevo traslado se aviste en el horizonte, de modo que si algún día me tomara la molestia de levantar los anales de mi biblioteca, el modelo podría buscarlo en aquella soberbia y trágica sucesión de hundimientos históricos portugueses que Bernardo Gomes de Brito compendió a mediados del XVIII en su *História trágico-marítima*. Y en cuyas páginas tristísimas veo yo un trasunto del destino, no de la nación lusa, sino de la mayoría de las bibliotecas y, por extensión, de sus creadores; ¿pues qué sino un ser viviente es una biblioteca y qué sino una sucesión de pérdidas la vida de quienes las formamos?

2 Pero hoy no es la vez de los hundidos, sino de los salvados; no del casco varado en el lecho del mar, sino del pecio flotante que revela su existencia. Por-

que en todo desastre (sobradamente lo ha explicado Primo Levi en su trilogía de Auschwitz, y antes Coleridge en su *Balada del viejo marinero*, y antes Alvar Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*, y antes que todos ellos, claro está, aquel ciego que cantó el sitio y la ruina de Troya), los supervivientes importan tanto como los que se perdieron. Si no más: pues, a falta de aquellos, ¿cómo llegaremos a saber de éstos? Y si esta razón no bastara para subrayar la oportunidad de hablar de fragmentos, los tiempos proveerán otra: hay algo en nuestro presente que recuerda a aquella playa de «Metamorfoses», poema definitivo de Jorge de Sena, en la que el hombre, convertido en dios, despierta de una larga pesadilla:

Junto a los cardos sobre la arena fina
que el viento poco a poco amontonara
contra su cuerpo mal se distinguía
tal como las plantas entre la arena respirando
un dios dormía. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo?

y contempla, frente a sí, repartidos por la arena, los cascos del pensamiento absoluto, náufragos de la historia. Y dentro de sí, incrédulo, descubre que aquel espejo no refleja otra cosa que su faz, la de un yo escindido, roto, difunto:

... ¿Dios o diosa?
¿Desde cuándo allí dormía? ¿Desde cuándo?
¿O no dormía? ¿O no estaba allí?

3 Desnortado aún despierto de mi última mudanza, de Lisboa a Madrid, y me doy de bruces con un perturbador pecio de mi pasado: la segunda edición española de *Dios ha nacido en el exilio* (Austral, 1983), del rumano Vintila Horia. Una humilde tablilla que la marejada de cartón, papel de estraza y cinta de carroceros, de papeles inesperados y fotografías intempestivas, me devuelve tras un vagar de largos años por un océano de olvido. Y ello pese a que este pequeño volumen de bolsillo me fue muy querido y ocupó lugar principal en mi primera biblioteca, una repisa escasa de contrachapado *beige* a juego con el escritorio de mi habitación de adolescente en aquella ciudad de provincias en que crecí. Y cuya tersa superficie puedo, sin demasiado esfuerzo, volver ahora a recorrer imaginariamente con la punta de los dedos; de la misma manera que en algún lugar no demasiado recóndito de mis oídos soy capaz de recrear el chirrido de la aguja del tocadiscos girando sobre las *Invenções y Sinfonías* de Bach, en la versión de Glenn Gould; como en una

capa superficial de mi retina habita el negro brillante de aquella reproducción de la *Extracción de la piedra de la locura* del Bosco que colgaba, con chinchetas, de sus paredes.

4 Entre esas cuatro paredes, tendido sobre la cama, leí *Dios ha nacido en el exilio, Dieu est né en exil* —por su título original, en francés, que tan sugerente me parecía en aquel entonces, lo recordé mucho tiempo. Me recomendó su lectura mi maestro de latines en el bachillerato, una figura cuyo influjo sobre mi devenir me parece, si miro atrás, cada vez más evidente —y en esto poco importa que los de su gremio se hayan convertido entretanto en una especie en peligro de extinción, un lujo que el mundo hipertecnificado rechaza por superfluo; si acaso, eso habla del abismo hacia el que caminamos inexorablemente, y refuerza mi determinación de sitiado: espero a los bárbaros sentado junto a los que en toda era y lugar han sido derrotados por la continua aceleración de los tiempos, cómodo en esa compañía. Y sus páginas se grabaron en mi memoria con particular énfasis quizás porque fue una de las escasas recomendaciones literarias que antes o después de entonces haya seguido. Hoy digo esto con presunción igual a la vergüenza con que lo oculté en otra altura de mi vida, convencido de que tener una «cultura literaria como un «marché de pouces»» (Julio Ramón Ribeyro) era una especie de tara, de la que algunas veces me culpaba a mí mismo —atribuyéndola a la inconsistencia de un intelecto más proclive, en el negocio de los libros, a los saltos de mata que al agotamiento cartesiano de bibliografías—, y otras al sistema, considerándome víctima de las dificultades estructurales (muchas de aquellas lecturas eran marxistas) que un lector encontraba para satisfacer sus aspiraciones universales (uno era adolescente) en aquel rincón de un país que aún despertaba de un letargo cultural de medio siglo. Resumiendo, ningún motivo del que aquel muchacho pudiera vanagloriarse. Pero éste es uno de los pocos errores del que el paso de los años me ha curado. Hoy valoro esa anarquía como una de mis escasas consecuciones en la vida: por nada del mundo cambiaría la sensación de libertad que experimento cuando me dejo arrastrar por el curso que marcan las propias lecturas, y un libro lleva al siguiente con la naturalidad con que un afluente desemboca en su río principal, siguiendo una ley de gravedad que nunca he querido forzar sujetándola a normas, y menos que a ninguna a la del gusto de los tiempos. Y no por prurito de ningún tipo, sino por creencia sincera en que dicha autonomía (modesta, sin duda, cuando comparada con las mil servidumbres que uno acepta) es casi la única a la que el mundo no

me ha obligado a renunciar —o, por decirlo en los versos de Víctor Botas,

la contestación de un conformista,
la sola valentía que aún me queda.

5 Me propongo releer *Dios ha nacido en el exilio*. Pero antes leo *acerca de* la novela, de su autor —tarea, por cierto, que en aquellos tiempos de lecturas compulsivas nunca consideré necesaria. El prefacio de la edición de Austral, firmado por Daniel Rops, «de la Academia francesa», despierta vagos recuerdos y sugiere algunos indicios nuevos, sorprendentes. Recordaba, por ejemplo, que *Dieu est né en exil* había ganado el Goncourt en 1960, pero no que su concesión había motivado un escándalo: la *intelligentsia* francesa, con Jean-Paul Sartre al frente, y probablemente la información facilitada por la *Securitate* detrás, sacó a la luz pública los presuntos vínculos de Horia con el fascismo en su país —en efecto, *L'Humanité* publicó un completo *dossier* donde se listaban los artículos filofascistas y antisemitas que Horia habría firmado en diversas revistas rumanas en los años treinta—, y así acabó propiciando una carta de renuncia del premiado y, en última instancia, una decisión salomónica de los Goncourt: no le retiraron el premio, ya que las bases no contemplaban la posibilidad de anularlo después de concedido, pero se negaron a hacerle pública entrega del mismo, tal y como se explica todavía en la *web* de la Académie cuando se lista el galardón de aquel año: «atribuido a Vintila Horia y no entregado por causa del pasado político del autor, inopinadamente revelado».

6 Inopinadamente también para mí, una biografía comienza a vislumbrarse entre las tinieblas de mi ignorante —y por ello libre— lectura adolescente. Y basta una fecha, la del nacimiento de Horia (1915), para sembrar una duda más que razonable. En una época como la nuestra, donde lo literario solo existe para *le grand public* en sus efemérides, con tantas revistas, blogs y suplementos literarios necesitados de llenar sus páginas, ¿por qué he leído tan escasas menciones al centenario del nacimiento del rumano? Sí, es cierto que uno que lo frecuentó escribirá una página en un periódico (Aquilino Duque, *ABC*, 17/12/2015), y una universidad que fue la suya (Alcalá de Henares) le dedicará un modesto homenaje y un prestigioso poeta dirá sobre su obra palabras elogiosas en sus memorias (Antonio Colinas, *Memorias del estanque*, página 216). Un recuento escaso para un escritor que vivió cuarenta años entre nosotros, con un perfil

público notable, colaborador de múltiples publicaciones (de *Cuadernos Hispanoamericanos* a la *Revista de Política Internacional* del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, de *Arbor* a *Arbil*, de *El Alcázar* a *Razón española*), novelista de éxito, ni mucho menos minoritario, pues sus novelas (en particular las de la llamada «Trilogía del exilio»: *Dios ha nacido en el exilio*, *El caballero de la resignación* y *Marta, o la segunda guerra*) veían la luz en editoriales de prestigio en varios países y contaban con un número significativo de lectores. Y todo esto, como quien dice, hasta antesdeayer, ya que Horia murió en 1992, con la cantidad de testigos supérstites que ello hace suponer. Puede que el rumano se salvara de las tempestades del siglo, pero la posteridad amenaza con ser, para su memoria, inclemente. Y en ello quizás influya el vértigo con que obras más o menos marginales se pierden, por la inercia del tiempo, en el olvido. Pero también el hecho de que Horia sea un autor incómodo, o mejor, un autor venido de un tiempo incómodo —y de eso nosotros tenemos amplia experiencia, véase la digestión, larga, atribulada, y aún en extremo fragmentaria, de nuestra literatura de posguerra. Incómodo, y, por su condición de extranjero, más fácil si cabe de apartar de la vista.

7 La biografía de Horia está llena de velos que a duras penas consigo apartar y entonces de aristas que me cuesta digerir. Sus sombras comienzan siendo las del laberinto europeo del siglo —en su recodo rumano, particularmente intrincado: de la ensoñación nacionalista de la Gran Rumanía a la amputación de la cláusula secreta del pacto Ribbentrop-Molotov. En su mocedad colaboró, como otros de su promoción (Eliade, Cioran), con publicaciones de tono nacionalista más o menos cercanas al fascismo legionario: de la tradicionalista *Gandirea* a la antisemita *Sfarmă Piatra*. Ocupó puestos en la representación exterior del régimen del *conducător* Antonescu en dos países clave para aquella Rumania en la órbita del Eje: agregado de prensa en Roma (1940) y vicecónsul en Viena (1942-1944). Ello no le libró de pasar por el *lager* nazi (justo el mismo día en que Miguel I dé un golpe de Estado, deponga a Antonescu y cambie el bando de Rumania en la guerra, Horia y sus colegas destinados en la legación rumana en la capital austriaca, serán declarados enemigos del Reich y deportados al campo de Krumhübell, en Baja Silesia, y más tarde al de Marienpfarr, en Corintia), pero sí sirvió para que, tras la II Guerra Mundial, un tribunal de la naciente República Popular le condenara en rebeldía a penas de cadena perpetua y expropiación de sus bienes, cerrándole, literal y literariamente, las

puertas de su patria. Persecución que se prolongaría más allá de las fronteras de Rumania, como demuestra el episodio del Goncourt, y más allá del tiempo del régimen comunista: solo en los años recientes la figura de Horia comienza a ser recuperada en su país. Sabedor de que su exilio no tenía vuelta atrás, y tras estancias de varios años en Italia y Argentina, Horia recalca en la España franquista, donde halla un hábitat receptivo. Y entonces esas sombras, que por lejanas inevitablemente dolían menos, comienzan a afilarse. Extraigo dos de los periódicos: en 1954, recién llegado a nuestro país, la prensa da noticia de su participación en un homenaje a Motza y Marin, dos soldados rumanos pertenecientes a la Guardia de Hierro que habían caído en la Guerra Civil luchando en el bando nacional, y que contó con presencia de autoridades civiles y militares del franquismo (*La Vanguardia*, 26/11/54, p. 4); en 1981, con ocasión del 20-N, se presenta una hagiografía de José Antonio Primo de Rivera firmada por el neofascista italiano Giorgio Almirante: «en el acto, que ha sido organizado por Fuerza Nueva, intervendrá Blas Piñar, presidente nacional de ese partido y autor del prólogo del libro, y el profesor Vintila Horia, que se encargará de la presentación» (*ABC*, 17/11/81, p. 14). Pero también una tercera, ésta sí contada hasta la saciedad por una de sus protagonistas: en 1956, el rumano funda la agencia literaria A.C.E.R. (Argentina, Colombia, España, Rumania), con la idea de introducir a escritores extranjeros en aquella España de la autarquía; en A.C.E.R. da sus primeros pasos en el negocio la joven Carmen Balcells, que de corresponsal en Barcelona pasará a propietaria (en 1960, cuando Horia se marche a París) y en la década siguiente hará posible el *boom* de la novela latinoamericana.

8 Una de las facetas de Horia que más sugerente me parece ahora, es su interés por la parapsicología, muy acusado a partir de los años setenta. Si algo caracteriza a los intelectuales rumanos de entreguerras (Cioran, Eliade, Blaga con sus peculiaridades, Steinhardt con las suyas, el propio Horia) es un afán de absoluto, que es abstracto e inasible (la *dor* rumana, que Eliade define como «un destierro del alma, una profunda melancolía, que revela, quizá, la condición del hombre en el Cosmos»), pero se concreta en una derivada tan real como inmediata: la salvación de Occidente por el espíritu. Empeño civilizacional en absoluto novedoso en el pensamiento europeo de la época, pero que en pocos como entre los rumanos se impondría como tarea inaplazable para cada uno de los hablantes de esa lengua —para cada uno de los individuos de aquella nación. La «lati-

nidad» rumana no es un vago *desideratum* alimentado de glorias periclitadas (como la «hispanidad» de Maeztu) sino una necesidad imperiosa que toma cuerpo mortal en la lengua, peñón de lo latino en un mar eslavo. Cuyo grito, por cierto, solo se escuchará en el resto de Occidente cuando sea proferido en lengua distinta del rumano, normalmente el francés, en el que Cioran, Ionesco, Horia y otros escriben buena parte de su obra. No es, por ello, de extrañar que la secularización de las sociedades occidentales y la fragmentación de las explicaciones unívocas del hombre, procesos irreversibles a medida que avanza el siglo, provoquen, antes o después en el tiempo, profundas crisis en el pensamiento de cada uno de ellos. Ante el vacío buscarán fuentes alternativas de absoluto: Eliade la hallará, primero, en las religiones orientales y, más tarde, en la ardua tarea de detectar los rastros de una única religiosidad por debajo de todas las manifestaciones del espíritu en la historia; Blaga, en el apartamiento de una lírica que parte de lo dionisiaco para acabar apegada al silencio de la tierra: «el silencio es mi espíritu», escribe; Steinhardt, en la persecución de una fe casi imposible; Cioran, en la mueca desesperada de una creencia sin objeto. Horia, por su parte, se aprestará a forjar «una actitud cristiana en consonancia con la ciencia» y creará encontrar en la aleación con lo científico (y lo pseudocientífico) una tabla de salvación para lo espiritual. Y en esa arriesgada empresa epistemológica tiene cabida un libro como *Viaje a los centros de la tierra* (1979), interesante colección de retratos intelectuales de personajes del pensamiento del siglo xx: de Urs von Balthasar a Fellini, de Unamuno a Jung, de Toynbee a McLuhan, de Mesiaen a Heisenberg, de Jünger a Agnelli, el magnate italiano de la FIAT. Pero también una bizarra excursión por los medios de lo paranormal: fundará *Futuro Presente: Revista bimestral de cibernética y futurología* (cuarenta números a partir de 1971), participará en los trabajos de la Sociedad Española de Parapsicología y publicará *Encuesta detrás de lo visible* (1975), un repaso del temario más duro de lo paranormal (caras de Bélmez, psicofonías, experiencias telepáticas y mediúmnicas, «cirugía psíquica...») de la mano de las celebridades de este momento de auge de lo esotérico (Germán de Argumosa, Konstantin Raudive, Hans Bender...).

9 De haber sabido todo esto entonces, ¿cómo habría leído a Horia? ¿Habría leído a Horia en absoluto? ¿Cuál es el Horia más verdadero: el propagandista, el muñidor de futuros literarios, el parapsicólogo o el autor de la soberbia novela? ¿En qué medida cualquiera de

esos factores resulta capitidismínuido por los demás? ¿Por qué esta tentación de querer explicar a los hombres como si fuesen agregados de factores? ¿Por qué el prejuicio, tan absurdo, y sin embargo tan insidioso, que hace a la obra responsable de los pecados de su autor, como si la vida no nos hubiera enseñado sobradamente que en la relación entre el hombre y sus obras la causalidad es una quimera y el azar todo lo gobierna? ¿Por qué regresar a mi país es volver instintivamente a hundir los pies en el barro y blandir el basto que me presta uno de los mastuerzos de la *pintura negra* de Goya?

10 Vuelvo. Y volver es sobre todo lidiar con mi pasado en sus múltiples esferas. En sus constelaciones. Aquel lector adolescente de *Dios ha nacido en el exilio* era, en un sentido, más libre; en otro, más esclavo de sus prejuicios. Diez años fuera de mi país me han hecho, en cierto sentido, más libre, en otro, más esclavo de aquel lector adolescente. Lo desaprendido en esta década de vida leve regresa con el peso de lo que nunca se fue. Estar fuera es quitarse de en medio, limpiarse; retornar, volver a enfangarse. A los exiliados republicanos que se fueron antes del final de la guerra los suyos los tildaron de poco menos que desertores —Azaña, en una entrada de sus *Memorias de guerra* de finales del 38, se refiere cáusticamente a los que ya estaban en México, los Moreno Villa, Juan de la Encina, el propio León Felipe, como «valientes intelectuales que luchan en las vanguardias de ultramar»; a los que regresaron, con la vuelta de la democracia, a partir del 75, nadie los entendió, ni aquí ni allí. Uno no se va nunca. Y nunca llega a regresar del todo. Necesito ahora un enorme esfuerzo para sobreponerme a mi pasado y leer una vez más *Dios ha nacido en el exilio* con los ojos limpios de cuando adolescente.

11 Nada de lo anterior influye en el hecho de que *Dios ha nacido en el exilio* sea una gran novela, que merece seguir siendo leída.

Vuelvo a descubrir en todo su esplendor la soberbia figura literaria que es el Ovidio de Horia —tan alejado, en muchos aspectos, del Ovidio histórico, y con tan profundas implicaciones cuando colocado al trasluz de la experiencia personal de Horia, de su percepción del lugar de lo rumano en el imaginario occidental. Y me percató ahora de que en mi fascinación de entonces por la creación del novelista rumano influyó el escaso afecto que aquel principiante en los arcanos de la lengua latina sentía por el autor que había frecuentado someramen-

te en los manuales y las clases. Carecía éste del prestigio del divino Virgilio; de la mundanidad sicalíptica de Marcial; de la gravedad, que tan duradero poso dejaría en la poesía castellana, de Horacio; de la nitidez de las prosas de César o Salustio, en quienes habíamos aprendido a amar la geometría de un idioma cuyas palabras, a poco que uno fuese hábil, encajaban entre sí como las piezas de un puzzle. La lengua de Ovidio era, sin embargo, de una complejidad diabólica. En algún momento intentamos traducir cierto pasaje de las *Metamorfosis*, pero aquellas escasas líneas, en que a las dificultades sintácticas y semánticas se sumaba la profusión de imágenes mitológicas, se revelaron laberinto imposible. Tampoco ayudó la lectura del *Arte de amar*. ¿no habrían sus recetas para bebedizos amorosos de saber a poco a la imaginación sin límites de un adolescente? Pero en Ovidio, lo más incómodo era, sin duda, el personaje literario consagrado por la tradición: la viva imagen del poeta engréido y poderoso —y pocos hombres más odiosos que un escritor fatuo al servicio de un poder absoluto.

El protagonista de *Dios ha nacido en el exilio. Diario de Ovidio en Tomis* no es el Ovidio triunfante de la *caput mundi*, sino el Publio Nasón que en aquella ciudad perdida en la frontera oriental del Imperio purga la pena de destierro impuesta por un delito que la historia no llegó a conocer. *Dieu est né en exil* es una novela de aprendizaje. Con Ovidio aprendemos que, en el exilio, la causa (el *error*) es siempre accesoria, nunca sustantiva. Porque lo esencial del destierro, seguimos aprendiendo, es la lección de fracaso que impone al que lo sufre (y en su carne, a todos los mortales). Pronto el engrheimiento inicial del desterrado, la confianza en un rápido regreso a los manes, la dislocación espiritual («hace tres meses que salí de Roma, pero *estoy en Roma*»), cederán ante el peso de los días, ante la certeza de que el exilio ha de durar, quizás para siempre. Y entonces el verdadero protagonista de la novela se revela ante nuestros ojos: ese magnífico juguete roto y abandonado en el rincón más remoto del mundo conocido. Un hombre que duda aun de sí mismo, de su propia existencia: «¿Soy yo, efectivamente, Ovidio, el poeta de Roma, [...], el ser que lo ha tenido todo y todo lo ha perdido?», se pregunta retóricamente un Ovidio trágicamente humano. Y lo cierto es que apenas nada queda en ese hombre del autor triunfante de las *Metamorfosis* y el *Arte de amar*. Al exilio siguen (como en la «trilogía del exilio» de Horia, que inaugura la novela de Ovidio y completan *El caballero de la resignación* y *Marta, o la segunda guerra*) la resignación y la nada: justo la órbita que describe el hombre contemporáneo y, retrospectivamente, el hombre occidental.

Pero ese hombre-pecio, reducido a poco más que un fragmento de lo que fue, descubre dentro de sí un nuevo e inusitado poder. «Soy el poeta, él no es más que el emperador», dirá lapidariamente. Su despojamiento es paradójica toma de conciencia: su desnudez le hace libre, también para elegir una vía propia de acceso a lo absoluto. La de Horia es la de un cristianismo oriental, volcado hacia una espiritualidad interior, al que Ovidio se convierte a lo largo de la novela. Otros elegiremos otra. Me vale la del propio Sena, que cifra el sentido de lo humano en su valor como sensibilidad-en-el-mundo, como manera única de traducir vitalmente lo que nos rodea. Pero con aquel, con éste, compartimos el impulso, el afán de trascender, quizás lo único que verdaderamente importa.

12 Desde que abandoné las aulas del instituto no he vuelto a ver a mi antiguo profesor de latín, castellano adusto trasplantado a aquella ciudad. Se habrá jubilado, habrá vuelto a su tierra, quién sabe. Yo sé que me legó la recomendación de una novela espléndida y unas pocas certezas que solo el tiempo me ha hecho valorar en su justa medida. Como que ese vasto mundo que llamamos «cultura clásica» (y en el que caben las *Catilinarias* y Vintila Horia, el dativo y la poesía renacentista italiana, Safo, Ovidio, Dante y Kavafis, las odas de Horacio, las de Fray Luis de León y aun las de Ricardo Reis) es la destilación, imperfecta, pero no por ello menos jugosa, de milenios de sabiduría acumulada por la especie a la que pertenezco sobre cosas que muchos de los miembros de esa misma especie, la mayoría de mis contemporáneos, consideran superfluas por presuntamente carecer de una utilidad práctica (que es tanto como decir crematística) inmediata —aunque sirvan, pero eso a ellos qué les importa, para dar sentido a la existencia.

Allí aprendí también el significado de una palabra, tan en desuso, en apariencia tan antigua, como *tradición* —una manera retrospectiva de estar en el mundo que nos coloca en nuestro justo lugar: simples usufructuarios de lo que otros nos han dejado, y solo en esa condición causantes de otros que nos heredarán. Justo lo que Jorge de Sena define genialmente en los versos finales de ese catecismo civil que es la «Carta a mis hijos sobre los fusilamientos de Goya»:

Y, por eso mismo, el mundo que creemos
nos corresponde tenerlo con cuidado, como algo
que no es nuestro, que nos ha sido cedido
para que lo guardemos respetuosamente
en memoria de la sangre que corre por nuestras venas,

de nuestra carne que fue otra, del amor que
otros no amaron porque se lo robaron.

Y, paradójicamente, me percaté de que todo aquello tenía para mí un significado tan profundo, tan sagrado (en el sentido más subjetivo de la palabra), que lo mejor era no ensuciarlo con la pátina de la cotidianidad. Al llegar a esa encrucijada que a todos nos alcanza en cierto momento de la vida, renuncié de manera más o menos consciente a los estudios de filología clásica, idea que había acariciado durante aquellos años de instituto, y elegí enfangar la mayor parte de mis días con los negocios de los hombres, reservando para la esfera más íntima, a modo de culto secular, aquello que considero verdaderamente trascendental, en cuanto expresión de la única forma de trascendencia que reconozco y acepto, y que me liga a la tierra, a los antepasados que la habitaron y me engendraron y a los descendientes que he engendrado y la habitarán, y que solo conoce un modo de expresarse: la palabra.

Por fin, en aquellas minoritarias clases hice mía una enseñanza vital si cabe más preciosa. Aprendí a valorar como un tesoro algo que a muchos, los más, incomodaba: el sentimiento de pertenecer a una minoría, cuyo sabor desde entonces ha sido para mí incomparablemente dulce. No a una inmensa minoría —eso es una pirueta verbal de Juan Ramón, grácil pero inconsistente. Yo no quiero minorías inmensas, de plaza mayor. Para sentirme a gusto dentro de una minoría, necesito que sea cálida, que su luz sea tenue; minorías pequeñas o, mejor aún, mínimas, como el espacio que forman dos enamorados, como un regazo materno, como la habitación de un poeta. Aquella minoría ideal del poema del portugués Rui Knopffi:

Prefiero las minorías.

De algunos, de pocos, de uno solo.

Aquel profesor me regaló también, ahora lo recuerdo, un libro, justo el día que nos despedimos, yo camino de la universidad, él de sus últimos años de enseñanza: un diccionario de mitología latina con una cariñosa dedicatoria (quizás, también, el primer libro dedicado que conservo) que me demostraba que éste de la palabra es un espacio en que los hombres pueden hablar de las cosas más serias, de las vocaciones, de la amistad, del pasado y del futuro. Sin éxito busco entre los restos del último naufragio ese librito (¿qué decía su dedicatoria?), mientras pienso si dentro de no mucho quedará alguien a quien podamos legar nuestras bibliotecas, alguna de estas cada vez más pesadas herencias. ■ ■